

LA CONVENCION EN CUERNAVACA*

Robert E. QUIRK

EN ENERO DE 1915, la Convención Revolucionaria se reunió en la ciudad de México para dar gobierno a los ejércitos de Francisco Villa y Emiliano Zapata. La alianza militar entre ambos constituía una enorme fuerza que el ejército constitucionalista de Venustiano Carranza difícilmente podía contener y menos derrotar; pero el espíritu de amistad y concordia manifestado por los dos caudillos en Xochimilco, era más ilusorio que real: ni uno ni otro estaba interesado en los destinos del amigo y no hacían esfuerzo visible para coordinar las actividades militares. La defección de Eulalio Gutiérrez dio a Álvaro Obregón la oportunidad de recuperar la plaza de México. Villa permaneció en el norte y Zapata no se movió para reforzar sus tropas destacadas en la capital. Antes de concluir enero, la Convención se vio obligada a retirarse. Los delegados, con su presidente Roque González al frente, aceptaron la invitación de los miembros surianos para trasladarse a Cuernavaca.

Emiliano Zapata no hizo el mayor caso de la llegada de González Garza y la Convención a Cuernavaca, y se retiró a su montañoso refugio de Tlaltizapán. Desde allí y a considerable distancia, condujo la irregular y negligente campaña contra Obregón en la ciudad de México. Zapata no quería comprometerse en una batalla campal con los constitucionalistas. Durante el mes y medio siguientes, los repetidos encuentros librados entre las fuerzas rivales fueron consecuencia obligada de simples incursiones zapatistas sobre los suburbios de la capital. Los movimientos de las unidades surianas, en

* El presente artículo forma parte del libro *The mexican revolution, 1914-1915*, que será publicado en el curso de este año por Indiana University Press.

general carentes de coordinación, no pasaban de trabar escaramuzas con el enemigo para retirarse en confusión al caer la oscuridad o cuando habían agotado su escasa dotación de municiones.

El 20 de febrero Zapata escribía a Villa una carta, recibida en el norte alrededor de un mes más tarde, en la que pedía tropas y municiones para la campaña del sur. Aunque Villa en esa ocasión hubiera tenido disponibles ambas cosas, es poco probable que estuviera dispuesto a remitírselas a Zapata. Debido al ya mencionado debilitamiento del espíritu de unión, no es de extrañar que en su respuesta exagerara la necesidad de capturar pertrechos y municiones al enemigo. A la postre, el bloqueo del agua y provisiones a la ciudad de México constituyó la única arma efectiva usada por los del sur.¹

Mientras los constitucionalistas ocuparon la capital, las comunicaciones entre el norte y el sur quedaron cortadas, excepto ocasionales y azarosos viajes de correos montados. Todas las principales líneas férreas pasaban por la ciudad de México y una posible conexión con el norte, de trocha angosta vía Toluca, Acámbaro y Celaya, estaba obstruida en Michoacán por la hostil neutralidad de Gertrudis Sánchez y Alfredo Elizondo. En un esfuerzo por conseguir la alianza de los revolucionarios michoacanos, González Garza autorizó al coronel Gustavo Baz, gobernador militar convencionista del estado de México, para tratar con Elizondo aun cuando tuviera que cederle el dominio del pueblo El Oro, Hidalgo, situado en los límites de las dos entidades y objeto de larga disputa entre las fuerzas rivales de aquella zona. Elizondo rehusó entrar en arreglos y posteriormente, junto con Joaquín Amaro, marchó a México para unirse al Ejército de Operaciones de Obregón.²

Desairado por Villa, Emiliano Zapata procuró que el gobierno de la Convención proveyera de municiones y dinero a su ejército. Poco después de llegado a Cuernavaca, González Garza acordó entregar 200 000 pesos cada 10 días al pagador general zapatista. Carente de ingresos seguros, el gobierno afrontaba la certidumbre de una bancarrota dentro de pocas semanas, a menos que la Convención pudiera retornar

a la capital. González Garza no disponía de medios para emitir más papel moneda en Cuernavaca; la tesorería sólo había llevado consigo menos de 2 millones de pesos, todos de los llamados "sábanas" o "dos caritas" villistas. Para empeorar la situación, una gran parte de ese papel moneda no ostentaba el sello del gobierno convencionista y además González Garza dejó olvidada en México la máquina "revalidadora".

En Guerrero, los zapatistas dominaban los minerales de plata de los que extrajeron limitada cantidad, convirtiéndola en moneda imperfecta pero estimable. El pueblo de Morelos la prefería a los billetes de Chihuahua, negándose a recibir éstos mientras ocultaba aquélla. Muy pronto, el 2 de febrero, González Garza se vio en la necesidad de decretar que el papel moneda fuera aceptado en Morelos, de ser menester por la fuerza, aunque sólo debían ser válidos los billetes sellados durante su administración en la ciudad de México. En el curso de los 5 días siguientes le llegaron numerosas consultas de los comandantes zapatistas sobre dudas suscitadas acerca de la circulación forzosa del dinero convencionista; un sobrino de Zapata fue denunciado por no querer admitir el mencionado papel moneda. Con el fin de que el erario pudiera disponer de suficiente dinero, el ejecutivo de la Convención acordó, el 8 de febrero, prorrogar su primitivo decreto, en lo concerniente al papel revalidado, declarando también de circulación forzosa los billetes no sellados³.

El pantano monetario en que el gobierno de la Convención se hundía fue responsable de graves desavenencias entre Zapata y González Garza. En la primera semana de febrero, Zapata salió de Tlaltizapán rumbo a Iguala para apoyar el movimiento revolucionario de Encarnación Díaz y otros jefes del estado de Guerrero. Un "Banco Revolucionario" de la entidad había emitido más de un millón de pesos en papel, tan mal confeccionados, que la voz popular los denominaba "tordillos". Para retirarlos de la circulación Zapata obtuvo de González Garza el convenio de suministrarle 800.00 pesos de las ya mermadas reservas de la Convención. El 8 de febrero Zapata desde Iguala escribió a González Garza, deplorando

que, si bien la comisión había llegado procedente de Cuernavaca con el dinero, más de 500 000 pesos carecían de sello. La gente de Guerrero —indicaba— no aceptaría esas “sábanas blancas” sino sus propios “tordillos”, por cuyo motivo pedía el envío urgente de una cantidad igual de “moneda buena” para reemplazar la defectuosa y, además, hacer uso de la máquina en la revalidación de las “sábanas blancas”.⁴

No obstante que el día anterior había decretado la circulación ilimitada por un período de 3 meses de toda la moneda convencionista, sellada o sin sellar, González Garza se apresuró a cumplir lo exigido por el jefe suriano. El 9 de febrero le avisó que el dinero estaba en camino, pero insistió en la validez de las “sábanas”, aunque algunas fueran “inconvenientes”.⁵

Durante mes y medio González Garza estuvo acorralado por la terca negativa del gobierno estatal morelense para hacerse cargo de sus finanzas particulares. Por un lado exigía constante suministro de papel moneda, que sus habitantes se negaban a aceptar, y por otro rehusaba imprimir dinero propio. Según González Garza, los zapatistas querían que toda la República sufragara las deudas de la pequeña entidad. Previendo que los decretos expedidos en favor de la circulación forzosa de los billetes villistas no remediarían la aguda escasez monetaria del sur, González Garza pidió con urgencia a Gustavo Baz, en Toluca, papel de lino “de buena calidad”, tintas de varios colores y prensas de mano, materiales destinados a imprimir un nuevo numerario convencionista.⁶ Obligado por el creciente agotamiento de la tesorería y sin ninguna fuente de ingresos disponible, González Garza, de acuerdo con la asamblea, decretó el 25 de febrero la emisión de 25 millones de pesos.⁷ A modo de explicación comunicó a Villa que esos nuevos billetes deberían ser garantizados y amortizados mediante la contribución “forzosa de los acreedores hipotecarios, en su mayoría agiotistas, que viven de sus préstamos hipotecarios sin riesgo de pérdida por su parte y sin gravamen de ninguna naturaleza”.⁸

LA CONVENCIÓN se reunió por primera vez en Cuernavaca

el 30 de enero. Las primeras sesiones estuvieron dedicadas al examen de las credenciales de la mayoría de los delegados zapatistas. Por la lentitud de procedimientos, la asamblea hizo escasos progresos, aun en el mes de febrero. Los debates fueron candentes y llenos de alusiones personales; los zapatistas mostraron su encono culpando a los villistas de la parquedad de municiones disponibles en el Ejército Libertador, mientras los del norte les echaban en cara la inactividad del mismo. En una ocasión, tratando de intimidar a los delegados norteros, una turba zapatista rompió la puerta del teatro de Toluca, sede de las sesiones.⁹

En medio de la discordia hubo ocasionales muestras de armonía. A fines de febrero los delegados del norte y el sur, unidos en un gesto humanitario, votaron la reapertura del suministro de agua a la ciudad de México. En otro momento la Convención se hizo cargo de los rumores circulantes sobre la suerte de muchos soldados yaquis de las fuerzas constitucionales, hechos prisioneros por los zapatistas y fusilados sin formarles causa. Se aceptó la idea de que esos "infortunados" habían sido engañados por Obregón en apoyo de Carranza y debían ser tratados con consideración, "demostrándoles que la causa de la Convención era también de ellos". Hacia el 24 de febrero la asamblea recibió para su estudio un programa de 25 puntos de reformas revolucionarias, preparado por un comité conjunto de villistas y zapatistas en México y Cuernavaca. El programa fue discutido artículo por artículo y cuando la Convención volvió a reunirse en la capital, los primeros 13 puntos, dedicados principalmente al sistema de gobierno parlamentario, habían sido aprobados por la mayoría zapatista.¹⁰

Mientras la asamblea deliberaba y Zapata pasaba el tiempo en Tlaltizapán, González Garza procuraba desempeñar lo mejor posible su papel de ejecutivo de la Convención, pero se veía agobiado por los mismos problemas que antes tuvo Eulalio Gutiérrez. Tanto la mayoría zapatista de la asamblea, como el propio jefe del Ejército Libertador, trataban de debilitarlo para frustrar su objetivo de tener mucha autoridad. En toda la correspondencia cruzada entre Zapata y González

Garza no hay indicio de un solo acto de lealtad o amistad del primero hacia el presidente de la Convención. Para los surianos, desde el punto de vista monetario, era una vaca lechera, útil cuando fluía y desechable cuando estaba agotada. Diariamente González Garza soportaba quejas de toda clase de funcionarios sobre la escasez de municiones y demandas de aumento en las asignaciones de papel moneda.

No pudiendo soportar más tiempo esa situación, González Garza presentó su renuncia a la Convención el 19 de febrero. Expuso a los delegados que había sido electo para el cargo de presidente el 9 de enero, hacía más de un mes, no obstante el acuerdo tomado de la renovación de la Mesa Directiva cada 30 días y la no reelección del presidente. Aun cuando la Convención lo ratificó en el cargo, asegurándole que la regla sólo se aplicaba a los vicepresidentes, surgió el desacuerdo y la temporal retirada de Díaz Soto y Gama y Otilio Montaña. González Garza retuvo el poder ejecutivo, pero sólo con el tácito consentimiento de los miembros surianos de la Convención.¹¹

La gestión de González Garza fue obstruída por la incapacidad o aversión de los zapatistas para respetar la ley, el orden y la presencia de un gobierno regular en Morelos. Desde 1912 no se efectuaban elecciones en la entidad no obstante la relativa paz y la remota amenaza constitucionalista. De hecho no existía un gobierno civil, local o estatal; la administración de justicia estaba sujeta al capricho de las autoridades militares; las escuelas permanecían cerradas en detrimento de la educación. Los campesinos seguían cultivando las tierras quitadas a los hacendados. Los jefes revolucionarios hacían la guerra bebiendo pulque en las cantinas y enriqueciéndose a expensas de los antiguos dueños de haciendas y fábricas. No se cobraban impuestos porque los revolucionarios negaban a la Convención el derecho de recaudarlos. Tampoco González Garza podía ejercer ningún control sobre los ferrocarriles, administrados por Eufemio Zapata, hermano del caudillo suriano, destinados especialmente a "propósitos militares", frase que disimulaba los caprichos de los comandantes revolucionarios.

Esto último determinó que González Garza hiciera presente por escrito a Díaz Soto y Gama y Otilio Montañó, el 21 de febrero, los inconvenientes del control zapatistas en los ferrocarriles. Señalaba que el Ejército del Sur exigía 20 000 pesos cada 10 días para operar las líneas férreas, pero casi no se transportaban pasajeros y carga:

Hay jefes militares que se consideran propietarios de los montes y no permiten que se corte leña ni los durmientes. Con decir a ustedes que ha habido hombres armados que se oponen a que las máquinas tomen agua, creo darles una idea de la situación. . . Cada jefe pide un tren a la hora que quiere, y lo hace ir a donde quiere, sin consultar a nadie y amenazando de muerte a los empleados y cometiendo verdaderos atropellos. . . Por otra parte, nadie paga en los trenes, de manera que no será fácil recuperar el subsidio que se está dando y en lugar de sacarse alguna utilidad a los ferrocarriles éstos constituirán una verdadera carga para el estado. . .¹²

Ambos contestaron el 24, rechazando las acusaciones hechas por González Garza contra los zapatistas, manifestándole que "sólo deseaban amistad entre el norte y el sur".¹³ Poco después se vengaron de los agravios inferidos por González Garza; el día 27, la asamblea aceptó la propuesta de hacerlo presidente provisional no elegible para el cargo de presidente constitucional, despojándolo además de cualquier derecho de veto, aun de naturaleza suspensiva, sobre los actos de la asamblea, durante el término de su período. La cuestión del veto fue debatida con violencia antes de que el deseo de los zapatistas prevaleciera.¹⁴

Las dificultades de González Garza, bastante incómodas por la fricción entre nortehños y surianos en la Convención, se agravaron por la indisciplina de los soldados del Ejército Libertador. Como ocurrió en México bajo la ocupación villista y zapatista, las riñas eran frecuentes en Cuernavaca, resolviéndose muchas de ellas con las armas en la mano. Incapaz de ejercer ningún dominio personal sobre esas tropas, González se vio en la necesidad de pedir a Zapata que prohibiera la venta de bebidas alcohólicas a los miembros del ejército suriano.¹⁵ En esto, como en la mayoría de los asuntos

concernientes al gobierno, Zapata hizo caso omiso de la petición de González Garza. Así, el desmedido consumo de alcohol produjo un grave incidente el 17 de febrero entre dos generales y las abiertas hostilidades de sus respectivas fuerzas. Hechos tan absurdos dentro del ejército zapatista demostraban claramente la impotencia de la Convención y su presidente para imponer el orden y la ley en las zonas que supuestamente gobernaban.

EL GENERAL JUAN M. BANDERAS, quien dos meses antes había matado al general Rafael Garay en la ciudad de México, se atrajo la enemistad de Antonio Barona, el más temible secuaz de Zapata. Hallándose las fuerzas en el asedio a la capital, cerca de Churubusco, Barona se sintió ofendido al saber que Banderas, en un parte dirigido a González Garza para dar cuenta de la actividad militar en el sector, lo acusaba de haber actuado cobardemente al retirar sus hombres de la hacienda Coapam, recién capturada por ellos. Con este motivo Barona pasó la mayor parte del día 17 en una cantina de Xochimilco, acompañado de Santiago Orozco y Astrolabio García, libando pulque y dando rienda suelta al rencor contra Banderas, a quien, ya en plena embriaguez, maldecía y acusaba de haber causado la muerte de su hermano. Avanzada la tarde decidió reunir sus tropas e ir al cuartel general de Banderas, situado en Tepé pam, con el propósito de matarlo. Orozco, su representante en la Convención, lo acompañó parte del camino sin hacer el menor intento de detenerlo o prevenir a Banderas. Hacia las 10 de la noche éste dormía en su tienda (las declaraciones de los participantes en el embrollo dan a entender la poca seriedad de los zapatistas para tomar la ciudad de México) cuando Barona irrumpió en ella, pistola en mano, y lo increpó por haberlo llamado cobarde. Banderas, sin amedrentarse, dijo no haber exagerado nada en el parte mencionado. De las palabras pasaron a la violencia. Se cambiaron disparos; Barona, mal tirador u ofuscado por el pulque, escapó de la tienda sin herir a Banderas, dejando un compañero muerto y otro prisionero. El cese del fuego fue sólo temporal. Barona y su gente, al amparo de las altas rocas que rodeaban

el campamento, entablaron combate con los defensores, empleando toda clase de armas y hasta un cañón de 80 mm. Ambos bandos sufrieron numerosas bajas entre muertos y heridos; Banderas resultó ileso aunque su sombrero fue traspasado por un proyectil. El encuentro terminó a las 3 de la madrugada con la retirada de Barona a su sector.¹⁶

Al día siguiente Banderas protestó por escrito ante Santiago Orozco, que no le hizo caso. En vista de ello se dirigió a González para pedirle que actuase contra Barona. Mientras tanto, retiraba sus fuerzas del sector de Churubusco a fin de no tener más dificultades. El 20 de febrero se presentó ante la Convención en demanda de castigo por el injustificado ataque de su adversario, pero la asamblea no quiso intervenir en el caso por considerarlo de índole militar. Zapata, a pesar de la gestión de González Garza, no deseaba ver a Barona castigado. Es evidente que en cuanto a él concernía, no le preocupó la aplicación de la ley en el estado o en el Ejército del Sur; las disputas debían necesariamente ser ventiladas por las armas, no por la ley.

El latente encono hizo erupción una vez más el 24 de febrero, fecha en que uno de los oficiales de Barona dio muerte a un mayor de las tropas de Banderas. Por último, con el propósito de obviar problemas ulteriores, González Garza decidió el traslado de Banderas a un sector más alejado; de allí en adelante Banderas operaría entre Toluca y la capital.¹⁷

En las dos semanas siguientes, las relaciones de los zapatistas con el presidente de la asamblea se enfriaron todavía más. Santiago Orozco y Emiliano Zapata lo presionaron para que aumentara la asignación de fondos del ejército suriano de 200 000 a 250 000 pesos cada decena; González Garza se opuso, sosteniendo que mejor era dar una cantidad insuficiente en forma gradual a liquidar el erario prematuramente. Esa tacañería, justificada o no, hizo a González Garza víctima propiciatoria de las iras zapatistas por la falta de éxitos militares, y por su parte, aquél no disimulaba su desprecio por la soldadesca.¹⁸ El 4 de marzo escribía a Villa diciéndole: "la situación ha cambiado desfavorablemente para nosotros" y anticipaba el viaje del jefe de su estado mayor, teniente coro-

nel Juan Antonio Acosta, con la misión de solicitarle personalmente municiones y tropas en ayuda de la Convención. "No estamos ni abatidos ni apocados —aclaraba—, pero sí muy necesitados de su ayuda." Al tiempo de recibir la petición, Villa estaba ocupado en planear la campaña contra Tampico y no hizo esfuerzos por apoyar a la Convención ni a los zapatistas.¹⁹

Pocos días después, la Convención y González Garza volvieron a la capital con lo que la necesidad de ayuda villista y de papel moneda se hizo menos perentoria. Aunque la asamblea continuaba dominada por los zapatistas, crecientemente hostiles al ejecutivo, el gobierno pudo obtener algunos ingresos. La Convención efectuó su última sesión en Cuernavaca el 11 de marzo. La noche anterior había llegado la noticia de que las fuerzas de Obregón estaban evacuando la ciudad de México. Un fogoso debate, durante el cual muchos zapatistas se opusieron a salir de Morelos, tuvo lugar antes de que los miembros de la asamblea se declararan en receso por 10 días, a cuyo término, se reunirían de nuevo en la capital.²⁰

NOTAS

1 Villa a Zapata, marzo 18, 1915, *Archivo Roque González Garza*. (En adelante: RGG.)

2 González Garza a Gustavo Baz, febrero 2, 1915; González Garza a Alfredo Cuarón, febrero 23, 1915, RGG.

3 Decreto de González Garza, febrero 2, 1915; González Garza al presidente municipal de Jojutla, febrero 17, 1915, RGG. *Decretos de la Convención*, 21.

4 Zapata a González Garza, febrero 9, 1915, RGG.

5 González Garza a Zapata, febrero 10, 1915, RGG.

6 González Garza a Gustavo Baz, febrero 11, 1915, RGG.

7 *Decretos de la Convención*, 24.

8 González Garza a Villa, febrero 28, 1915, RGG.

9 Alfonso Taracena: *Mi vida en el vértigo de la revolución*, p. 336.

10 "Declaración a los habitantes de la ciudad de México", febrero 1915; *Decretos de la Convención*, febrero 18, 1915; Sinópsis de los principales asuntos, RGG.

11 González Garza a la Convención, febrero 19, 1915, RGG.

- 12 González Garza a Antonio Díaz Soto y Gama y Otilio Montaña, febrero 21, 1915, RGG.
- 13 Montaña y Soto y Gama a González Garza, febrero 24, 1915, RGG.
- 14 La Convención, mayo 29, 1915, 7:3; 8:3; 9:1; 10:4; mayo 31, 1915, 3:1-4; 4:2; 5:1-3. *Decretos de la Convención*, 26-27.
- 15 González Garza a Zapata, marzo 10, 1915, RGG.
- 16 Juan M. Banderas a González Garza, febrero 19, 1915, RGG.
- 17 *La Convención*, mayo 16, 1915, 2:2. González Garza a los secretarios de la Convención, febrero 23, 1915; González Garza a Zapata, febrero 24, 1915, RGG.
- 18 Santiago Orozco a González Garza, febrero 27, 1915; González Garza a Orozco, marzo 2, 1915; Zapata a González Garza, marzo 3, 1915; González Garza a Zapata, marzo 8, 1915, RGG.
- 19 González Garza a Villa, marzo 4, 1915, RGG.
- 20 *La Convención*, marzo 24, 1915, 7:1-3.